

La estupidez como patrimonio cultural colectivo

J. A. MARTÍN — PEREDA

De una forma un tanto imprevista, en las últimas semanas han caído en mis manos dos libros cuya esencia era la misma: la estupidez. Uno era de un filósofo francés, A. Glucksmann, y le titulaba directamente *La estupidez*. *Ideologías del posmodernismo*. El otro, una especie de divertimento de un profesor italiano de Economía, C. M. Cipolla, llamado por el autor *Allegro ma non troppo*.

Con enfoques por completo diferentes, en ambos se llegaba a una casi idéntica conclusión: la constancia del avance progresivo que, en los últimos tiempos, está teniendo lo que podríamos denominar "el sentimiento estúpido de la existencia".

Según han ido pasando los años de este siglo que conclu-ye, las ideas se han ido reblandeciendo. Tras perder el frescor que tenían hace algún tiempo, unas han muerto y otras, las que perduran, han pasado a ser herramientas usadas de manera inerte. De hecho, las ideas cada vez se aprecian menos. Para la gran mayoría de la gente, lo único que importa es la mera apariencia de las cosas. Y esto, que en principio parece inofensivo, en realidad no lo es.

Porque lo peligroso de la estupidez es que no se sabe apreciar su inmenso poder destructivo. Los no estúpidos apenas se preocupan de los estúpidos porque creen que no les van a molestar. Pero son mucho más peligrosos que cualquier otro grupo de individuos.

Un estúpido nunca se sabe por dónde va a salir ni en qué va a acabar. Avanza por su camino mirando sólo hacia delante y únicamente desea seguir avanzando. No le importa hacia dónde, ni qué ha podido arrasar bajo sus pies. Los que le observan notan que progresa, creen que se dirige hacia algún punto determinado y algunos le siguen. Pero todo es apariencia, fachada.

La estupidez ha controlado gran parte de las idas y venidas que hemos visto en el pasado reciente. El ejemplo de algunos estúpidos ha sido seguido como ley por muchos otros. Cada entorno socioeconómico ha tenido su modelo y su fin.

En unos casos era la mejora de las cuentas corrientes sin importar qué se iba a hacer luego con ellas. En otros, la aparición fulgurante en los medios de comunicación gracias a actividades vacías por completo de contenido.

En los ambientes científicos podía ser el ansia de publicación de artículos en revistas internacionales, sólo por el mero hecho de publicarlos sin esperar que llegasen a valer para algo. Y así los ejemplos podían continuarse hasta el infinito.

Porque la estupidez no es patrimonio de un solo grupo o de un solo nivel social. Existe en todos y en todos tiene igual poder de penetración. El problema que, de hecho, tiene es que se reparte de manera uniforme entre todos y que, si no se la contiene, puede llegar a ser norma.

En un tiempo las cosas tenían un objetivo determinado que se encadenaba con el siguiente. Se sabía que tras esa posible primera meta había otra que la seguía. Los logros sociales, por ejemplo, jamás se consideraban alcanzados por completo. El progreso de la ciencia se sabía que nunca podría detenerse, porque la ciencia, por sus propias características, no podía tener final.

Ahora parece que lograr un fin es un fin en sí mismo. Lo que pueda venir después no importa. Es la introducción de la estupidez en el camino de la historia. Se buscan objetivos con plazos cada vez más infinitesimales y se pierde el concepto de la continuidad. No se sabe si la derivada primera es positiva o negativa. Si aquello es un máximo o un mínimo. En definitiva se desconoce si la función es continua.

Pero de igual modo que he dicho antes que la estupidez se repartía uniformemente por todos los grupos y niveles sociales, también parece cierto que se hace de igual manera en el tiempo. En todas las épocas —estoy seguro— ha existido la misma proporción de estúpidos. No debemos enorgullecernos de encontrarnos en una época en la que el porcentaje es mayor que en cualquier otra anterior.

¿Por qué existe hoy, entonces, la sensación de que el número es mayor? Pues quizá porque, como en todo, en unos momentos unas ideas son mejor recibidas que en otros. Es posible que sea porque están más en consonancia con el sentimiento que circula por la sociedad. Porque, por la economía de pensamiento que supone, es más fácil acercarse a esa idea que a cualquier otra más complicada y que implique una cierta obligación de pensar.

Afortunadamente, si lo anterior tiene una pequeña parte de verdad, dentro de poco todo el peligro que se podía cernir sobre nosotros deberá desaparecer. Si en épocas pasadas había estúpidos y hoy no los recordamos es porque, en un corto plazo, pasaron y se incorporaron rápidamente al olvido colectivo.

Es de suponer que en nuestros días pasará lo mismo. Quizá en unos pocos años la estupidez que nos rodea se irá desvaneciendo y volveremos a contar con unos objetivos claros de avance indefinido. La ola que hoy vemos pronto pasará y todo volverá a donde debía haber estado de manera continua. Pero así nos podremos dar cuenta, con mayor claridad, de lo que es una cosa y de lo que es otra.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.